

El predominio de la luz

Ilustración de Ileana Escalona



Sebastián Lomeli

Facultad de Filosofía y Letras UNAM

no hay miradas ingenuas, y sin embargo toda certeza es entendida desde la metáfora de la claridad de la vista. Digo "sin embargo" porque nuestra visión no podría resultar actualmente más dudosa; en ella se reflejan los avatares de la crítica, la conciencia que se suponía vigilante y realizadora de representaciones transparentes sobre lo real. Actualmente asumimos que nunca tendremos suficiente luz para ver cómo miramos, desde dónde lo hacemos, qué omitimos y qué recuerdos superponemos a los objetos vistos. Nos es imposible creer que nuestra vista pueda extenderse como si lo hiciese por primera vez.

Como si esto no tuviese importancia, la luz es aún la imagen convencional para entender las cosas en su presencia y en su determinación como un concepto; lo que vemos nos dice tanto, y tan saturado de seguridad y sentido, que somos incapaces de presentir el silencio que conlleva.

La reducción de la experiencia a su lectura visual se muestra cuando revisamos el vocabulario que poseemos sobre los demás sentidos; aunque se diga, por ejemplo, que la música y su escritura han aportado un enorme léxico sobre el material sonoro escuchado, al final es la "claridad" del sonido la que nos permite distinguirlo de cualquier otro.

Es posible que sólo el tacto –vinculado simbólicamente con la ceguera– aporte una resistencia efectiva contra el imperio de la claridad; cuando la atención es desviada de la inmersión en la luz a lo que las manos alcanzan, el entorno cobra una vida distinta y silente, a la vez que saturada e indecisa. Se hace patente la disparidad entre la visión y el tacto, la claridad se cierra en sí misma, y la vivencia desciende hasta lo más singular, hasta el punto en el que a las palabras se les dificulta explicar lo ocurrido.

Dudo que esta tesis sea válida para las personas invidentes, pero en definitiva tiene pertinencia para señalar la ceguera propia de la visión.

